

art buchwald

EL PSIQUIATRA

WASHINGTON.—Mi amigo Zapscrip se encontraba tan turbado el otro día que decidió visitar al psiquiatra. Nada más tumbarse en el sofá, dijo:

—Doctor, no lo comprendo, no comprendo nada. Tengo la sensación de que el Pentágono funciona cada vez peor.

—Jummmmm —dijo el psiquiatra.

—Y la cuestión es que me gusta el Pentágono. Creo que, desde el punto de vista arquitectónico, es uno de los edificios más bellos del país. Pero no puedo librarme de la sensación de que cada vez hacen allí peor las cosas.

—Ah, ju, jummm —comentó el psiquiatra.

—Me parece que la primera vez que tuve esta sensación fue cuando el Pentágono anunció que el avión "TFX" era un desastre. Es decir, a mí no me importa pagar impuestos, pero cuando oí la noticia me puse casi enfermo de pensar en el dinero que se había gastado en ese avión. Y el caso es que enfermé. Luego me di cuenta que mi comportamiento era irracional y que cualquiera puede cometer equivocaciones; así que me olvidé del asunto.

—Tch, tch, tch —musitó el psiquiatra.

—Luego vinieron las noticias sobre los proyectiles antiproyectiles. David Packard dijo que este tipo de defensa no costaría más que seis mil millones de dólares, pero unos días después dijeron que se había olvidado incluir en esa cifra el coste de las cargas nucleares. ¿Cree usted, doctor, que fui irracional cuando aquello me molestó? La verdad es que no hay derecho a que le digan a uno el precio del sistema antibalístico y no incluyan el coste de las cargas nucleares.

—Ju, ju... —dijo el psiquiatra.

—¿Me oye aún, doctor? De modo que me dije: "Packard no puede acordarse de todo", y me sentí más seguro. Luego vino aquella historia del tanque que costó miles de millones y que resultó inservible, y la otra de los helicópteros que no podían volar. Pero pensé que no siempre los militares tienen la obligación de acertar... Y le diré algo más, doctor. Lo del barco "Pueblo" no me gustó nada, pero, como no soy rencoroso, me dije: "Si es en esto en lo que se gastan el dinero de mis impuestos, bien gastado esté".

—Hummmmm —musitó el psiquiatra.

—Pero lo que realmente me asustó fue que anunciaran que el avión "C-5A" iba a costar dos mil millones más de lo que se pensaba. Dieron la explicación de que la culpa la tenía la inflación y los recambios. Doctor, ¿cuántas sesiones psiquiátricas podrían comprarse con dos mil millones de dólares?

—Jummmmm.

—Yo no hacía más que decirme: "Estoy loco. No soy de esos que se dedican a criticar sistemáticamente a los militares". Pero, a los pocos días, estaba viendo las noticias de la televisión cuando, de repente, aparece el hundimiento de un submarino que había costado cincuenta millones de dólares.

»Bueno, pues esto no es todo: ahora quieren transportar una cantidad de gas neurotóxico a través de los Estados Unidos en trenes de mercancías para arrojarlo al mar, a la altura de Atlantic City. Doctor, ¿estoy equivocado al pensar que ellos desean apoderarse de mí?

—Mmmmmmmmm.

—Y esta mañana leí en los diarios que desean echar a pique diez submarinos "Polaris" porque no encaja bien en ellos el nuevo proyectil. Dígame, doctor, ¿me estará volviendo loco?

—Bien —dijo el psiquiatra—, creo que ya estamos listos para empezar.

(Copyright 1969. The Washington Post Co.—Distribuido por Editors Press Service Inc.—Agencia Zardoya.)

EE. UU.

LA POLÍTICA EXTERIOR AMERICANA Y LA PSICOLOGÍA NACIONAL

La historia de la actuación del Comité de Relaciones Exteriores del Senado de los Estados Unidos («Comité Fullbright», por el nombre de su presidente) podrá dar un día una interesantísima versión de una política moral paralela a la política real que se realiza en los Estados Unidos desde hace años. Sus estudios y sus advertencias suelen ser interesantes y profundos, aunque la mayor parte de las veces sin posibilidad de reflejo en la realidad. El Comité Fullbright se preocupa ahora de los factores humanos en la política exterior. Ha hecho comparecer al profesor de antropología Edward T. Hall, quien ha declarado que uno de los errores de la con-

firió al choque de las culturas, a las diferencias importantes que existen en los conceptos de espacio y de tiempo entre los americanos y los habitantes de otros países. Un funcionario de los Estados Unidos que debe esperar cuarenta y cinco minutos en un antedespacho hispanoamericano se considerará insultado, porque su ritmo del tiempo no concuerda con el de quien ha de recibirle. El sistema coloquial de los árabes, rodeado de circunloquios y distancias, con aproximaciones lentas y medidas al tema, le parece al americano una hipocresía cuando para el árabe es una delicadeza y una muestra de cultura y educación. «Necesitamos saber algunas de estas cosas acerca de los demás: ¿cuál es su concepto del territorio? ¿Qué consideran como una violación? ¿Qué es una invasión de su intimidad? ¿Cuáles son los límites del hogar de un hombre? ¿Cuáles son los límites de su nacionalismo?». Por la palabra territorio, Hall se refiere al moderno concepto de antropología de que cada hombre —como cada animal— tiene su «territorio» propio que considera inviolable. Lo explicó: «Un pájaro cuyo territorio resulta invadido esponjará sus plumas para mostrar que está dispuesto a atacar. Una serpiente de cascabel avisa antes de atacar. Cuando un americano comienza a angustiarse o a perder interés, podemos fácilmente leer sus signos: comenzará a tamborilear con sus dedos sobre la mesa, a golpear el suelo con el pie, se le pondrá el rostro rojo, elevará su voz o hablará por el contrario con voz medida y fría. Otro americano puede leer esos signos y prever la acción. Pero cuando nos enfrentamos con extranjeros, no sabemos leer sus signos de angustia o disgusto. Frecuentemente, los americanos no saben distinguir entre el "bluff" y un definitivo y claro aviso de combate. En el extranjero no sabemos dónde están trazadas las líneas y cuándo las hemos violado». El Comité ha citado también al psiquiatra Karl Menninger y a la gran especialista mundial de etnología Margaret Mead para que continúen examinando lo que llaman «aspectos psicológicos de la política exterior».



ducción de la política exterior de los Estados Unidos es la insistencia en que todo el mundo se comporte como ciudadano de los Estados Unidos. «Insistimos en que todos hagan las cosas a nuestra manera. Consecuentemente, estamos tratando a los extranjeros como si fueran simplemente americanos subdesarrollados». «Las principales quejas contra los americanos en el extranjero es que son rudos y no escuchan. Sospecho que esto se produce porque no saben realmente cómo representar el papel de interlocutores». El senador Fullbright interrumpió en este punto al profesor para poner un ejemplo: se refirió a la entrevista entre Johnson y Kossiguin, en Glassboro, para decir: «Muchas veces he pensado si Kossiguin tuvo ocasión de pronunciar una sola palabra». El profesor Hall se re-

LIBROS

El periodismo noble de Pániker

Salvador Pániker ha repetido la fórmula ensayada en «Conversaciones en Cataluña». La ha repetido en Madrid y el libro se llama, naturalmente, «Conversaciones en Madrid». Lo publica su propia casa editora, Kairós, y probablemente la tirada ha sido larga. La nueva obra de Pániker se difundirá tan bien, por lo menos, como la anterior análoga. La autora de la maqueta del libro, de edición muy cuidada, es nuestra colaboradora Nuria Pompeia, la creadora de «Las metamorfosis».

Quien conozca «Conversaciones en Cataluña» se imaginará cómo es «Conversaciones en Madrid»: una serie de diálogos con personalidades de la política, de las finanzas, del periodismo, de la Universidad, de la ciencia, etcétera. Se abre con Aranguren y se cierra con Fraga. Cada entrevista va precedida de una nota, a manera de semblanza, sobre el personaje preguntado.

No hay unidad en el libro —Salvador Pániker lo reconoce al afirmar que

está integrado por veinticuatro libros, tantos como personajes—, y en consecuencia resulta difícil, por no decir imposible, emitir un juicio único: harían falta veinticuatro análisis diferentes. Aquí, en estas páginas, hay de todo, como en botica: desde el ataque



EN PUNTO

a «la pudibundez léxica del español» de Camilo José Cela, hasta los profetismos políticos de Rafael Calvo Serer. Hay la voz rigurosa de los cateóricos de Economía, Rojo y Tammes (con la pintoresca intervención, en la entrevista del primero, de otros dos personajes adicionales, uno de los cuales interrumpe la conversación para decir: «¿Y por qué seguir empleando la palabra neocapitalismo, que es propia de periodistas de tercera categoría?»). Periodistas de tercera categoría por decreto: Ernest Mandel, André Gorz, Lelio Basso, Bruno Trentin, Gilles Martinet, Jean-Paul Sartre, etcétera. Este mismo personaje maneja el ejemplo de un botón para demostrar la alienación que se registra en los países socialistas. ¿Por qué no ha sido más riguroso en estos casos Salvador Pániker? ¿Por qué no ha utilizado con más frecuencia el lápiz rojo? Hay las especulaciones, siempre brillantes, del padre González Ruiz. Hay la ingenuidad de Deletosa cuando habla de su mundo. Hay el neopositivismo de Tierno, revestido por el profesor, artificialmente, de marxismo antidogmático. Hay la manifestación de fe en la democracia del profesor Ruiz-Giménez. El señor Díaz Plaia defiende su política literaria. El doctor López Ibor habla de la angustia. Aranguren apunta la posibilidad de un fascismo de izquierdas. En fin, cada uno responde a Salvador Pániker sobre un cuestionario seguramente improvisado en ocasiones. El libro de Pániker es el libro de un periodista. El dijo en la presentación «periodista en el sentido más noble». ¿Cuál es el periodismo menos noble?, le preguntamos ahora. El suyo es un periodismo de preguntas y respuestas, con debate a veces, que se desarrolla en el tono que permite el grado de cultura de entrevistador y entrevistado. Es decir: se trata de periodismo a secas, a veces bueno y a veces malo. Ni más ni menos.

Una visión de 1969

José María de Arelliza, Luis Angel Rojo y Antonio Tovar son los principales firmantes del libro «España, perspectiva 1969» (Ediciones Guadiana), seguidos de Guillamón, Cebrián, Conte, Miret y Medina. Mientras Arelliza se ocupa del panorama político y Rojo del económico, Tovar se enfrenta al cultural. Los tres desarrollan minuciosamente, dentro de tono de objetividad, su correspondiente temá-



EL MONUMENTO A VALLE-INCLAN



La semana pasada dimos en estas mismas páginas noticia de la desaparición del pedestal y posterior derribo del busto de Valle-Inclán, que en 1954 regalara el alcalde de Pontevedra, don Juan Argenti Navajas, a Puebla del Deán. Publicamos hoy el documento gráfico al que allí se aludía y que por un error no pudieron contemplar nuestros lectores. Las fotos —el monumento en plaza pública y el busto derribado entre matorrales— reclaman el adecuado desagravio al más importante de nuestros dramaturgos contemporáneos.

tica. El hecho de que Tovar, Rojo y Arelliza no respondan, obvio es decirlo, al mismo esquema de referencias, infunde variedad al libro, bien complementado, por lo demás, con los análisis de Cebrián sobre la prensa, Conte sobre la problemática universitaria, Guillamón acerca del sindicalismo y Miret sobre la situación de la Iglesia. «... Pretendemos —escribe el editor, Ignacio Camuñas, en el prólogo— realizar un trabajo crítico y ponderado». El libro hay que entenderlo, en su conjunto, como un nuevo factor dentro de la contradictoria vida española del momento. El autor de esta nota —quien presentó el libro, junto con Enrique Miret Magdalena, hace unos días, ante un grupo de escritores, periodistas y políticos de diversas tendencias— subrayó en aquel acto la necesidad de situar la obra en el contexto de la situación actual de nuestro país; una situación contradictoria por múltiples razones —algunas de las cuales señalé con fuerza entonces—, como queda bien patente en el hecho de que un conde liberal, un «socialista europeo» y un antiguo fascista convertido al democratismo aparezcan unidos en una empresa común sobre la portada de este libro. Estas contradicciones revelan que la sociedad española no está adormecida, sino que se desarrolla en un proceso de gran dinamismo. Subrayar tales contradicciones es operación que ha de contribuir a dinamizar aún más dicho proceso, que deberá culminar en un salto cualitativo. Si este nuevo libro cumple un papel así, lo cual es perfectamente posible, prestará un importante servicio. ■ E. G. R.

TEATRO

«Historia de Amos», otra obra premiada

La obra se llama «Historia de Amos» y su autor es Juan Oleza Simó, con domicilio en Valencia, de cuya Facultad de Filosofía y Letras es profesor. Se trata de un hombre muy joven y, según me dicen, «Historia de Amos» la escribió en quince días. El estímulo estuvo en la convocatoria del I Premio de Teatro de la Ciudad de Teruel —Premio Ciudad de los Amantes, para ser más exactos— y en la confianza que, al parecer, le inspiró el Jurado.

El hecho es que Oleza, que ya tiene bastantes cosas escritas y guardadas en el cajón, mandó la obra a Teruel y que allí obtuvo el premio de 50.000 pesetas, más la posibilidad —al parecer nada quimérica— de que se estrene. Este sería, por lo tanto, el resultado perceptible de la primera convocatoria del premio turolense, aparte de la existencia de un nuevo premio teatral español: la «selección» de una obra y la llamada de atención sobre un joven autor, que encuentra así el primer «reconocimiento» público de su capacidad de dramaturgo.

¿Y ahora, qué?, hemos de preguntarnos, como a buen seguro, se lo estará preguntando el propio Oleza. ¿Cuál ha de ser el próximo paso?

Parece que lo lógico, tratándose de un escritor que vive en Valencia —tercera capital de España—, como gusta decir en la ciudad—, es que fuese allí donde encontrase inicial acomodo su teatro; que allí iniciasen grupos o compañías que, sabedores del triunfo de su convecino, le pidiesen la obra

premiada junto a sus otras obras, dispuestos a estrenar lo que pareciese más interesante. También cabría imaginar a otros grupos, residentes en otras capitales, pidiendo alguna copia de esa «Historia de Amos», para ver si encaja en sus planes de trabajo. Quizá, puestos a inventarnos otra historia del teatro español, incluso podríamos suponer a alguna compañía profesional y a todas las compañías nacionales reclamando imperiosamente la copia de un ejemplar. Todo lo cual, en suma, supondría la existencia de un mecanismo lógico, a través del cual el teatro español iría renovando su censo de autores y, por lo tanto, los temas y formas de su producción dramática.

Basta, en toda esa escalera de soluciones saludables, quedarse en el primer escalón. En la vida teatral valenciana, un día próspera —al menos hasta cierto punto— y hoy reducida a un par de revistas y a las esporádicas temporadas «de comedia» del teatro Principal. No es ninguna exageración: en Valencia, salvando a algunos grupos minoritarios, hablar de teatro es casi un anacronismo. Y para mucha gente media, el teatro es algo «que se acaba», algo ligado a las costumbres de épocas «precientíficas»; cosa que tiene su fundamento en el hecho de que quizá, incluso en aquellos tiempos de «prosperidad teatral», la cosa se quedaba en costumbre o rito social, desplazado ahora por los fines de semana en los apartamentos de las playas próximas. Pero, ¿qué

